

ra saber que su discípulo no profesaba la religion cristiana; á este estado le queria reducir, para asegurarse de su conquista. Voltaire con la admiracion que causaba, y con los elogios que prodigaba, disponia del rey materialista, aunque este fuese tenaz en su opinion, y aquel no supiese á que atenerse. Fué objeto de admiracion para Eugenio de Wirtemberg, que en todo pensaba como su maestro. Permitted á Guillermina de Ba-reith que disputase, porque la consideró mas atrevida que él. Con Federico Guillermo hizo el grave, el resuelto, y le amenazó con tenerlo por *ridículo y charlatan* si creyese, que el alma es inmortal. Á aquel le propuso ciertos principios; y á este le dixo: nada sabemos de los primeros principios. Á pesar de todo esto, Voltaire fué el ídolo de estos príncipes, que se declaraban protectores de su persona, escuela y conjuracion. Tal era la satisfaccion de este impío, con todas sus contradicciones y desatinos, que escribió á su querido el Conde de d'Argental: *En el día no hay siquiera un príncipe alemán, que no sea filósofo (s)*. Ya se ve que hallaba de la filosofía de la incredulidad. Y aunque aquella proposicion no fuese tan generalmente verdadera, que no tuviese sus excepciones, á lo menos manifestó la satisfaccion que tenían los corifeos de la impiedad, creyendo que podían celebrar sus progresos, contando con tantos príncipes y soberanos, á quienes algun día la conjuracion precipitaria de sus tronos.

CAPITULO XIV.

Tercera clase de iniciados protectores, Ministros, Grandes señores y Magistrados.

En Francia fué, en donde el filosofismo tomó todas las formas de una verdadera conspiracion. Tambien fué en Francia, en donde la clase de los ciudadanos ricos ó poderosos, aumentando el éxito de la misma conspiracion: pronosticó de un

(s) Carta del 26 Setiembre de 1766.

modo más particular sus triunfos y estragos. No pudieron gloriarse los conjurados de ver á la impiedad sentada y sobre el trono de los Borbones como lo estaba sobre muchos tronos del norte: pero (no lo puede disimular la historia) Luis XV. sin ser impío y sin que lo puedan contar en el número de los iniciados, fue una de las grandes causas de los progresos de la conjuracion anti-cristiana. No tuvo la desgracia de perder la fe, y se debe decir, que amó la religion: pero en los últimos treinta y cinco años de su vida, esta misma fé estaba tan muerta en su corazon, y era tan poco activa; la disolucion de sus costumbres, la publicidad de sus escándolos, el triunfo de sus cortesanas correspondian tan poco al título de Rey cristianísimo, que casi habria sido lo mismo, si hubiese profesado el mahometismo. Los soberanos no saben lo bastante el daño que les causa la apostasia en las costumbres. No quieren perder la religion, que saben, que es un freno para sus vasallos; Desgraciados los que no la ven baxo otro punto de vista! Bien pueden hacer conservando los dogmas en el corazon; pero es el exemplo el que la ha de mantener. Despues del de los sacerdotes, es principalmente el exemplo de los reyes, el que contiene á los pueblos. Quando la religion no es para los reyes y gobiernos mas que un negocio de estado, presto lo conoce, y la desprecia hasta lo mas vil del populacho; pues mira la religion como una arma, de que usa la potestad contra los subditos; y si la mira como arma, tarde ó temprano la rompe, y entonces el rey y el estado son nada. Si el que gobierna pretende vanamente creer en la religion, sin tener sus costumbres, el pueblo tambien creerá, que es religioso, aunque no tenga costumbres. ¿Y quantas veces se ha dicho? ¿Qué son y de que sirven las leyes sin costumbres? Por precision ha de llegar un tiempo, en que el pueblo mas consiguiente, que el gobierno abandonará las costumbres y el dogma, y quando esto suceda, en qué parará el gobierno? Los oradores cristianos repitieron con mucha frecuencia estas liciones á Luis XV. pero inútilmente. Luis XV. sin costumbres, colocó á su lado ministros sin fé, que le habrian engañado mucho menos, si su amor á la religion lo hubiese

sostenido la práctica. Aun despues de la muerte del Cardenal Fleury, tuvo, sin que se pueda dudar, algunos ministros buenos como el Mariscal de Belle-Isle ó Mr. de Bertin, que no deben confundirse con los de la clase de iniciados: pero tuvo despues á Mr. Amelot ministro de negocios extrangeros; al Conde de Argenson, en el mismo ministerio; los Duques de Choiseul, de Praslin y Malesherbes. Mientras vivió tuvo la marquesa de Pompadour, y todos aquellos tenian relaciones íntimas con Voltaire y su conjuracion. Ya le hemos visto dirigirse á Mr. Amelot, para que admitiese sus proyectos, á fin de arruinar el clero. Este ministro tuvo bastante confianza de Voltaire para darle una comision importante para con el Rey de Prusia. Voltaire tenia bastante conocimiento de su comitente para manifestarle que sabia valerse de la misma comision contra la iglesia. No contaba menos con aquel Duque de Praslin, á quien dirigia sus memorias, que tenia por objeto privar el clero de la mayor parte de su subsistencia, con la abolicion de los diezmos (a). Esta confianza del xefe de los conjurados manifiesta lo bastante la conformidad de sus sentimientos con los de aquellos hombres, á quienes los manifestaba y dirigia para la execucion de sus proyectos.

El Marques d'Argenson, á quien hemos visto trazar el plan, que se debia seguir para extinguir todos los institutos religiosos, fue un ministro, que á causa de la continuacion en su correspondencia con Voltaire, estaba el mas acorde con todo su filosofismo. El con la famosa cortesana la marquesa de Pompadour, fueron los primeros protectores de la conjuracion anti-cristiana, y aquel, con toda particularidad, fue uno de los discipulos mas ímpíos de Voltaire. He aqui el motivo porque este siempre le escribió como á un iniciado, de quien mas confiaba, y aun parece por su correspondencia, que Mr. de d'Argenson era mas resuelto y decidido en sus opiniones anti-religiosas, que el mismo Voltaire; que su filosofía se asemejaba mas á la del Rey de Prusia, quien estaba íntimamente convenido de que no era doble ó compuetto, que nada tenia que

(a) Carta al Conde d' Argetal del año 1764

temer ó esperar su alma, quando su cuerpo se entregase al sueño eterno (b).

El Duque de Choiseul aun mas zeloso y activo á favor del reyno de la impiedad, que el mismo d'Argenson, conoció y cooperó con mas eficacia á los secretos de Voltaire. Ya hemos visto como éste celebraba las victorias, que alcanzaba sobre la Sorbona, baxo los auspicios de tan poderoso protector. Hemos visto el motivo porque este mismo Duque apresuró todos los proyectos de d'Argenson para destruir todos los institutos religiosos, comenzando por la expulsion de los Jesuitas. No quiero pararme mas en este ministro. Es sobradamente conocido por uno de los ímpíos mas resueltos, que nunca ha habido.

Malesherbes antes de la revolucion.

Esta sucesion de ministros ímpíos iba preparando la ruina de los altares, y cada uno hacia algo en favor de la impiedad, para que á la época de los jacobinos, hallasen estos menos estorbos, y tuviesen menos que hacer en la revolucion. Esta á ninguno debió tanto como á Malesherbes. Este fué el protector mas inmediato de la conjuracion contra Jesu-Cristo. Todos los ímpíos le pagaron el tributo de sus elogios; él fué el testigo de todos los horrores de la revolucion; y al fin él fué víctima de la misma. Sé muy bien, que el nombre de este sujeto recuerda algunas virtudes morales; sé que se le puede agradecer mucho lo que hizo para suavizar el rigor de las prisiones, y para corregir el abuso de las *órdenes reservadas*; pero tambien sé que la Francia á ninguno puede culpar tanto por la pérdida y ruina de sus templos como á Malesherbes, y nunca hubo ministros que abusasen mas de su poder para establecer en aquel imperio el reyno de la impiedad. D'Alembert, que le conocia muy bien, asegura constantemente que nunca puso en execucion la *órdenes superiores* favorables á la religion, sino muy á pesar suyo, y que hizo por el filosofismo todo lo que le permitieron las circunstancias. ¡Y cómo por desgracia de la nacion, supo aprovecharse de estas circuns-

(b) Veanse en la correspondencia general las cartas de Mr. d' Argenson,

tancias (c)! Por su ministerio debía hacer observar las leyes de imprenta, y se portó tan mal, que las derogó todas, dando por motivo, que todo libro, fuese impio, fuese religioso, fuese sedicioso, no era otra cosa, que un *negocio de comercio*.

Libertad de imprenta, nociva, especialmente en Francia.

Es de desear que los políticos discurren sobre esta materia, no perdiendo de vista la experiencia, que ha demostrado los malos resultados de la libertad de imprenta. Es constante por los hechos, que el abuso de la prensa ha inundado la Europa con un diluvio de libros, al principio impios, y despues impios y sediciosos. A esta inundacion debe principalmente la Francia todas las desgracias de su revolucion. Es verdad que en Francia concurren otras causas; pero es tambien cierto que el abuso de la prensa fué la proclama mas enérgica para reunir los ánimos y los brazos contra los altares y tronos (*). Sin que yo pretenda elevar los escritores franceses sobre los de las otras naciones, se puede observar, y lo dicen los mismos extranjeros, que los franceses tienen un cierto carácter de claridad; un cierto orden en las materias, y proceden con tal método, que ponen, sus libros mas á los alcances del comun de los lectores, los hace en cierta ma-

(c) *Veanse en la correspondencia de d'Alembert las cartas 21. 24. 121. 128. &c.*

(*) *En los dos primeros años de nuestra gloriosa revolucion, no se manifestaron entre nosotros estos hombres instruidos, que desde la libertad de imprenta se han hecho famosos por sus ideas liberales, y por sus escritos. Se buscaron firmas por los cafés y tertulias: y se expuso, que la nacion aspiraba á una libertad que no conocia.... Nuestros liberales datan desde el 10 de Noviembre de 1810. la época de la libertad de España. Desde esta época no se ha cesado de adelantar las obras en perjuicio de nuestra santa religion.... Los papeles públicos llevaron el terror y la desolacion por todas las provincias de Francia. Y este exemplo tan criminal se sigue en España.*

P. Velez: preservativo contra la irreligion.

nera mas populares, y por lo mismo son mas nocivos, quando son malos. La ligereza francesa es un defecto; pero este mismo defecto hacia que los franceses buscasen como mas ahinco un libro, que todos los ingleses con la profundidad de sus meditaciones. Ni la verdad, ni el error ocultos gustan á los franceses; quieren que esté claro, aman las sátiras las zumbas y las agudezas. Hasta las mismas blasfemias revestidas con las gracias del idioma, como las prostitutas con sus atractivos, no desagradan á una nacion, que tiene la desgracia de burlarse de los objetos mas serios, y que facilmente todo lo perdonan al que la divierte. A esto deben su éxito las producciones impias que en tanto número salieron de la pluma de Voltaire.

Sea qual fuere la causa, lo cierto es que los ingleses tienen libros contra la religion cristiana; tienen sus Collins, sus Hobbes, sus Woolstons, y otros muchos, que contienen en substancia todo lo que los sofistas franceses no han hecho mas que repetir á su modo, és decir, con el arte de hacerlo inteligible á los espíritus mas vulgares. Pero los Collins y los Hobbes son tan poco leídos en Inglaterra, que casi estan olvidados. Bolimbroke y los otros escritores de la misma ralea, aunque tienen mas mérito literario en Londres, no son muy conocidos del pueblo, que sabe ocuparse en otros objetos mas interesantes. Los impios franceses, en particular Voltaire, son leídos en Francia por todos los estados desde el marques y la condesa ociosa, hasta los amanuenses de los procuradores, los mozos de escritorio de los comerciantes, y aprendices de los oficios, quienes muy bien podrian ocuparse en otra cosa: pero quieren manifestar que tienen conocimiento del libro de la moda, y quieren tener el placer de decir su parecer sobre él. En francia, por lo general, el pueblo es mas leedor. El mas simple vecino tiene su biblioteca, y por lo mismo, contando solo con Paris, todos los libreros estaban seguros de despachar tantos exemplares del escrito mas miserable, quantos se despachan en Londres de una utilidad comun, para toda la Inglatera. Los franceses se apasionan á sus escritores, como á sus modas, los ingleses que se dignan leerlos, forman de ellos

su juicio, y se manifiestan insensibles. ¿Es esto tener mas juicio? ¿Será indiferencia? ¿O será juntamente lo uno y lo otro? A pesar de la beneficencia inglesa, no me atrevo á decidir; no puedo ser adulator, ni crítico, y me basta que el hecho sea verdadero.

Esto debia bastar á Malesherbes, para advertir que en Francia, mas que en qualquiera otra parte del mundo, un libro impio ó sedicioso no podia mirarse como un simple objeto de comercio. Quanto el pueblo francés es mas leedor, ligero y razonador, tanto debia el ministro inspector de la imprenta observar y hacer observar las leyes intimadas contra su abuso. Pero él hizo todo lo contrario, y lo protegió con todo su poder. La condenacion de su conducta se halla en los mismos elogios, que le prodigaban los conjurados, quienes sabiendo apreciar este servicio, que les hacia, descubrian en él un hombre que *habia roto las cadenas de la literatura* (d). En vano se dirá que el ministro concedia la misma libertad á los escritores religiosos; porque á mas de que esto no fué siempre verdad, pues Malesherbes solo dexaba imprimir las apologías de la religion, que no podia impedir (e); un ministro no queda cubierto, permitiendo que se venda publicamente el veneno, con el pretexto de que no impide se venda tambien el antidoto. A mas de que, por excelente que sea un libro religioso, no están á su favor las pasiones, y se necesita de un talento superior para hacer amable su lectura. Un necio basta para persuadir al pueblo, á que acuda á los espectáculos; pero se necesitan Crisóstomos para retraherlo. Con igualdad de talentos, el que aboga en favor del libertinage ó de la impiedad, seduce á mas, que el orador eloqüente y religioso convierte. Los apologistas religiosos piden una lectura seria y reflexionada, una voluntad que desee conocer el bien. Este estudio es cansado, y no es necesario fatigarse para corromperse. En fin, mas fácil es irritar y sublevar los pueblos, que sosegarlos y pacificarlos.

(d) *Correspondencia de Voltaire y d'Alembert. Carta 128.*

(e) *Alli mismo. Cartas 22 y 24.*

Malesherbes al ver que la revolucion se consumaba con la muerte de Luis XVI. manifestó una sensibilidad tardía. Su zelo en este momento precisó á algunos, que no ignoraban su anterior conducta, á decirle: „Oficioso defensor, ya no es tiempo de abogar por este rey, á quien vos mismo habeis hecho traicion: cesad de declamar contra esta legion de re- gicidas, que piden su cabeza. No es Robespierre su primer verdugo, sois vos quien preparasteis de lexos su cadalso, quando permitiais se vendiesen publicamente, hasta en la entrada de Palacio, todos los escritos, que conbidaban al pueblo para destruir el altar y el trono. Este desgraciado príncipe os habia honrado con su confianza, os habia comunicado parte de su poder para reprimir los escritos impios y sediciosos, ¿y vos que hicisteis? En lugar de cumplir con estos deberes, permitisteis que su pueblo se saborease con la blasfemia y odio de los reyes en las producciones de Helvecio, de Raynal, de Diderot, ¿que, no era esto mas que negocio de comercio? Hoi, quando este mismo pueblo, embriagado con el veneno, que vos mismo habeis hecho circular, pide frenético la cabeza de Luis XVI. ya no es tiempo de honraros con su defensa, y de resistir á los jacobinos.” Hombres reflexionados previeron, mucho ántes, estas reconven- ciones, que algun dia la historia haria á Malesherbes. Nunca pasaron por debaxo la galería del Louvre, sin que anticipadamente se las hiciesen, diciendo, con amargura de su corazon: *¡Desgraciado Luis XVI.! Mira como te venden en la pueria de tu palacio!*

Habiendose separado Malesherbes del ministerio, sus sucesores atendiendo á las reclamaciones de personas religiosas, quisieron, ó á lo menos aparentaron, que querian renovar las leyes en órden á la libertad de imprenta: pero los sofistas acudieron luego, y baxo el título de *apólogos* continuaron en der- ramar el veneno. D'Alembert satisfecho del buen éxito, que lograba por este medio, escribió á Voltaire: „Lo mejor está en que estos apólogos, que son mucho mejores que los de Esopo se venden aqui (en Paris) con bastante libertad. Creo que la imprenta nada habrá perdido con el retiro de Mr. de

“Malsherbes (f).” En efecto, perdió tan poco la imprenta, como que solo los defensores del altar y del trono fueron los que no tuvieron libertad para publicar sus escritos. Me consta que libros muy buenos, como por exemplo, el *Catecismo filosófico* de Féller, no pudo lograr libre introduccion en Francia, y solo porque contenia una excelente refutacion de los sistemas impios. Sé que ha sucedido lo mismo á otros escritores religiosos, y sobre el particular puedo citarme á mi mismo, para quien se demostraron mas severos que la misma ley, mientras que publicamente la violaban en favor de los libros impios. El censor de mis *Cartas Helvianas* tuvo que valerse de todo su tesón para conservar sus derechos y los míos, á fin de que se publicase esta obra, que los sofistas pretendian suprimir ántes que se hubiese impreso la mitad del primer tomo. Lo mas digno de reparo es, que el mismo censor Mr. Lourdet profesor en el colegio real, reclamó en vano todas las leyes para impedir la publicacion de las obras de Raynal. Éste escritor sedicioso tuvo la desvergüenza de someter á la censura su *Historia* llamada *filosófica*; en lugar de aprobacion, tuvo que sufrir la repulsa de la mas justa indignacion; y que sucedió? Que á despecho del censor y de las leyes, se dexó ver al día siguiente la obra de Raynal, y se vendió publicamente.

Ministros de Luis XVI.

Entretanto los conjurados calculaban con mucha exâctitud sus progresos baxo la proteccion del ministerio. En el momento en que Luis XVI. subió al trono eran ya tales los progresos, que Voltaire, escribiendo á Federico, le manifestó, con estas palabras, sus esperanzas: “No sé si nuestro rey jóven seguirá vüestra huellas. Pero sé que ha nombrado filósofos para ministros; á excepcion de uno, que tiene la desgracia de ser devoto. Sobresale entre ellos Mr. Turgot, quien es digno de hablar con vuesa magestad. Los sacerdotes se desesperan; y hé aquí el principio de una grande revolución (g).” Esta última expresion de Voltaire era ver-

(f) Carta 121.

(g) Carta del 3 Agosto de 1775.

dadera en todo el rigor de su significado. Tengo presente haber visto en aquel tiempo á sacerdotes venerables que lloraban la muerte de Luis XV. mientras que toda la Francia, y nosotros mismos nos lisongeábamos con la esperanza de ver dias mas serenos. Aquellos sacerdotes nos decian: el rey que acabamos de perder, no se puede negar, que tenia muchos defectos de que preguntarse: pero el que ocupa su lugar es muy jóven y está expuesto á muchos peligros. Tenian razon, y previendo esta revolucion, que Voltaire pronosticaba á Federico, lloraban amargamente. Pero el historiador no debe dar la culpa á este príncipe jóven de la eleccion, que hizo tan satisfactoria á Voltaire. Luis XVI. atendiendo á la cortedad de sus propios conocimientos, para acertar hizo quanto debía hacer en favor de la religion y de sus vasallos. La demostracion de esta su conducta se descubre en la condescendencia á las últimas instrucciones, que le dió su padre, que fue aquel Luis Delfin de Francia, cuyas virtudes habian sido el objeto de la admiracion de todo el reyno, y cuya muerte cubrió de luto todos los corazones de los buenos. La prueba de esto está en aquel conato, con que Luis XVI. se apresuró á llamar para el ministerio á aquel hombre, de quien Voltaire nos dice, que tenia la desgracia de ser devoto. Este era el señor Mariscal de Muy. El historiador, despues de haber descubierto al rededor del trono á tantos otros pérfidos agentes de la autoridad, debe derramarse en los elogios de la piedad, intrepidez, fidelidad y demas virtudes de un ciudadano, como fué el Mariscal, tan digno de la memoria de los buenos. El señor de Muy fué el compañero y el amigo de corazon del Delfin, padre de Luis XVI., y esta amistad le mereció los desprecios y ultrages de Voltaire. El Mariscal de Saxe pretendia para uno de sus favoritos el empleo de page del príncipe jóven: supo que para ocuparlo estaba nombrado el señor de Muy, y respondió: “No quiero causarle al señor Delfin el perjuicio de privarle de la compañía de un hombre tan virtuoso como el Caballero de Muy, quien puede ser muy útil á la Francia. Aprecie la posteridad este voto, y avergüenzense los manes del sofista.

El señor de Muy fué el hombre, que mas se asemejó al

Delfin su amigo. Se descubria en ambos la misma regularidad de costumbres, la misma humanidad, la misma beneficencia, la misma aplicacion al bien público, y el mismo zelo de la religion. Él se hacia ojos por su príncipe, quien no pudiendo ver por sí mismo el estado de las cosas, le embiaba á visitar las provincias, exâminar las quejas y desgracias del pueblo para darle cuenta y preparar justos los medios para poner remedio; pero ¡y que lástima! una muerte prematura privó á la Francia de un príncipe tan amable. Quando la guerra precisaba al señor de Muy á dar otras pruebas de su fidelidad en Crevelt y Warbourg, el Delfin cada dia arrodillado, hacia esta súplica: "Dios mio, defended con vuestra espada, y cubrid con vuestro escudo al conde Felix de Muy, á fin de que si vuestra providencia quiere que en algun tiempo cargue con el peso de la corona, pueda él sostenerme con sus virtudes, instrucciones y exemplos." Quando Dios para vengarse de la Francia, extendió el velo de la muerte sobre el Delfin, estaba el señor de Muy al lado de Luis moribundo, derramando lágrimas, efectos de su fiel amistad. El príncipe al mirarle le dixo con una voz que rompe el corazon: "No os abandoneis al dolor; conservad vuestra vida para servir á mis hijos; ellos tendrán necesidad de vuestras luces y de vuestras virtudes; sed para ellos lo mismo que habriais sido para mí; dad á mi memoria esta señal de vuestra ternura, y principalmente en su juventud, en que espero de Dios los protegerá, no os aparteis de ellos."

Luis XVI. al subir al trono recordó estas palabras al señor de Muy, obligándole á aceptar el ministerio. Muy que lo habia rehusado en el reinado anterior, no pudo resistir á las instancias del hijo de su amigo. En medio de una corte sitiada por la impiedad, le enseñó que el héroe cristiano no sabe avergonzarse de su Dios. Siendo comandante de la Flandres, habia tenido el honor de recibir al Duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra, en ocasion en que la Iglesia prohibe comer carnes. Fiel á su obligacion, condujo el príncipe á su mesa, diciéndole: "Mi ley se observa exâctamente en mi casa. Si yo hubiese tenido la desgracia de haberla quebrantado en algu-

na ocasion, la observaria hoy de un modo muy particular, teniendo el honor de tener por testigo á un príncipe que seria censor de mi conducta. Los ingleses observan fielmente su ley; yo por respeto á vos mismo, no daré el escândalo de ser un mal católico, que tiene el atrevimiento de violar la suya á vuestra presencia." Si el filosofismo no tiene otro nombre que dar á la religion de este Mariscal, sino llamandola *desgracia de ser devoto*, que procure informarse de los milares de infelices, á quienes consoló esta misma religion por las manos del señor de Muy: de los soldados, que comandaba, mas con el exemplo, que con el rigor del valor y disciplina; de la Provincia, que gobernó, y en donde la revolucion, que parece haber sido generalmente la escuela de la ingratitud, no ha sido capaz de borrar el reconocimiento y las bendiciones (h).

Maurepas.

Una de las grandes desgracias de Luis XVI. fue perder tan presto á aquel virtuoso ministro. Maurepas en ningun modo era á propósito para reempazarle en la confianza del Rey joven. La de su mismo padre, que en su testamento, lo señaló como capaz de ayudarle con sus consejos, habia padecido engaño; pues creió que Maurepas era bueno porque habia manifestado aversion á la dama de Pompadour. Los años de un prolongado destierro no habian producido en este viejo los efectos, que el señor Delfin suponía. La docilidad del Rey joven á los consejos de su padre manifestó, que deseaba rodearse de ministros capaces de cooperar á sus intentos para bien de su pueblo. Pero habria sido mejor servido, si hubiese podido saber lo que engañó al Delfin su padre. Maurepas era un viejo decrepito con todos los defectos de la juventud. Voltaire le pone en el catálogo de los filósofos: pero lo fue solamente por su ligereza é indolencia. Era incrédulo: pero sin odio contra el altar, como sin amor á los sofistas. Con la mis-

(h) Véanse les œuvres de Mr. de Taunour, de Tressol, sobre este mariscal, y su artículo en el diccionario de Feller.

ma indiferencia habria dicho un chiste contra un obispo, como contra d'Alembert. Habia hallado el plan de d'Argenson para destruir los institutos religiosos, y lo siguió: pero se habria desecho de aquel plan tan odioso, si hubiese conocido que conspiraba contra la religion del estado. Fué siempre enemigo de sacudimientos violentos, y careciendo de principios fixos sobre el cristianismo, miraba como procedimiento impolítico el deseo de destruirlo. No era capaz para atajar una revolucion; pero tampoco era capaz de acelerarla; más permitia el mal, que lo hacia: pero por desgracia, el mal que permitia, era grande. En el tiempo de su ministerio hizo el filosofismo horrendos progresos, y nada lo prueba tanto, como la eleccion de aquel Turgot, cuyo ministerio, como dice Voltaire, fue el principio de una grande revolucion.

Turgot.

Mucho se ha hablado de la filantropia de este hombre, siendo asi que fue la de un hipócrita. Para formar juicio de ella basta oír á d'Alembert escribiendo á Voltaire: "Os hago saber que dentro de poco tiempo tendreis otra visita, que será de Mr. Turgot relator en el consejo, lleno de filosofia, de luces y conocimientos, y que es el fuerte de mis amigos, quien desea veros en buena fortuna. Digo en buena fortuna, porque *propter metum judæorum* es preciso, que no se jacte, ni vos tampoco (i)." Si hay alguno que no entienda el significado de este *temor de los judios*, d'Alembert se lo explicará, haciendo el retrato de su amigo. "Este Mr. Turgot (escribe á Voltaire) es un hombre de espíritu, muy instruido, y muy virtuoso. En una palabra, es un *Cacouac* muy honrado: pero que tiene motivos para no manifestarlo demasiado; bien experimentado estoy para saber, que la *cacouaqueria* (el filosofismo) no guia á la fortuna, y él merece hacer la suya (k)." En efecto Voltaire vió á Turgot, y le penetró tan bien, que contextó á d'A-

(i) Carta 164 del año 1760.

(k) Carta 76.

lambert: "Si teneis muchos maestros de esta especie en vuestra secta, yo temo por *el infame* (por la religion); él está perdido por la buena compañía (l)." El que entiende estas expresiones y elogios de d'Alembert y Voltaire, sabe que significan: Turgot es un iniciado secreto, ambicioso, hipócrita, perjuro, traidor, á un mismo tiempo, á la religion, al rey, y al estado: pero que no por eso dexa de ser uno de aquellos hombres, á quienes damos el nombre de *nuestros muy virtuosos*; pues es uno de los conjurados, tal qual le necesitamos, para que nos alude, á fin de destruir quanto antes el cristianismo. Si Voltaire y d'Alembert hubiesen habido de retratar á un sacerdote, ó apologista de la religion, con todas estas virtudes de Turgot, habrian pintado un mónstruo. Sea el historiador mas imparcial, que los sofistas panegiristas, y diga: ; Turgot rico mas que la mayor parte de los ciudadanos, y aspira á hacer fortuna, y á los empleos! á la verdad no es de los que se pueden llamar filósofos. Turgot iniciado de los sofistas conjurados, y relator del Consejo, es ya un perjuro; y lo será mas quando llegue al ministerio; porque segun las leyes, que regían en aquel tiempo, no podia obtener alguno de estos empleos, sin atestiguar y hacer atestiguar su fidelidad al rey y á la religion del estado. Fue traidor á la religion, lo fue á las leyes, y lo será (en el ministerio) á su rey. Fue individuo de aquella secta de economistas, que detestando la monarquía francesa, no queria al rey, sino para hacer de él lo mismo que hicieron los primeros rebeldes de la revolucion.

Habiendo llegado al ministerio, por medio de las intrigas de la secta, se valió de su reputacion para inspirar al joven monarca su aversion á la monarquía y sus principios contra la autoridad de un trono, que habia jurado sostener como ministro. Quanto era de su parte, queria hacer del rey joven un jacobino; pues lo iba preparando y disponiendo á todos los errores, que ponen el cetro en manos de la multitud, á fin de volcar, en pocos años, el altar y el trono. Si estas son las virtudes de un ministro, digo que son las mismas de un traidor,

(l) Carta 77.

si son errores de espíritu, digo, que son los mismos de un mentecato. Turgot siempre fue lo uno y lo otro. La naturaleza le habia dado alguna inclinacion para consolar á sus hermanos, y escuchando las declamaciones de los sofistas contra los restos del antiguo feudalismo, que pesaba sobre el pueblo, hizo por sencibilidad sobre la muerte de este, lo mismo que en los sofistas no era mas que odio á los reyes. Vió lo mismo que todos veían, en quanto á las servidumbres corporales, y no vió, que le decia la historia, que los monarcas hasta entonces no habian podido conseguir librar al pueblo de tantos otros vestigios del feudalismo, sino con la sabiduria y madurez de los consejos, que previendo los inconvenientes, hicieron las supresiones á proporcion de los medios para reemplazarlas. Todo lo quizo apresurar, y lo hechó todo á perder. Los sofistas dixerón, que habia sido despedido demasiado presto: pero ciertamente fue demasiado tarde. Habia elevado al trono todas las insolencias de los clubs relativas al pueblo soberano; y no advirtiendo, que dando la soberania al pueblo, lo sujetaba á sus caprichos, pretendia hacerlo feliz, entregandole las armas, de las cuales se valdria con el tiempo para quitarse la vida. (*) Creia, que si daba á las leyes su verdadero origen, no aprenderia el pueblo á sacudir el yugo de las mismas, y abusando del candor de un monarca demasiado joven para desenredar los sofismas de la secta, se valió de la bondad de su corazón para engañarle. Luis XVI. en los imaginarios derechos del pueblo solo descubrió, que habia de sacrificar sus propios derechos, y hé aqui el origen de sus desgracias. Las instrucciones jacobinas de Turgot precisaron á este desgraciado príncipe á reconocer, que era deber su facilidad, y obligacion su condescendencia. Su facilidad y condescendencia tuvieron que coligarse con su paciencia, viendo á un populacho, que se habia hecho soberano, que á él, su muger y hermana los llevaba al cadalso.

Turgot fue el primero, que subiendo al ministerio llevó

(*) Sobre el particular de la soberanía del pueblo, véase en el segundo tomo el Prólogo del traductor.

con sigo el plan y resolucion de una conjuracion anti-cristiana y anti-monárquica juntamente. Choiseul y Malesherbes fueron tan impios como Turgot y el primero tal vez fue peor: pero aun no habia habido ministro tan necio, que hubiese sido capaz de destruir en el espíritu del mismo rey los principios de la autoridad que ellos reciben. Se ha dicho que Turgot se arrepintió quando vió un tumulto del pueblo soberano que se dirigia contra él; quando vió que el mismo pueblo soberano, que se lamentaba de la hambre, se echó sobre los mercados y almacenes para arrojar el pan y el trigo en los rios; se ha dicho, repito, que en este momento conoció al fin su necesidad, y manifestó á Luis XVI. los proyectos de los sofistas, y que por lo mismo estos habian agenciado para abatir al mismo: que habian exáltado. Esta anecdotita, que hace honor á Turgot, por desgracia es falsa. Él habia sido el idolo de los sofistas antes de su elevacion al ministerio, y lo fue hasta su muerte. Mereció que Condorcet se hiciese su historiador y panegirista, y es muy cierto que no habria perdonado á sus iniciados un arrepentimiento como este.

Necker.

Las plagas se sucedian en Francia durante la revolucion, y se sucedian en el ministerio en el Reynado de Luis XVI. antes de la revolucion. Necker apareció despues de Turgot, y volvió á aparecer despues de Brienne. Los sofistas hablaban tambien mucho de sus virtudes, y casi tanto como él mismo. Esto es tambien una de aquellas reputaciones, que el historiador conocerá por los hechos, no á fin de dar el placer maligno de humillar los hipócritas conjurados, sino porque todas estas reputaciones han sido un medio para lograr el éxito de su conspiracion. Necker no era mas que mozo de escritorio de un banquero, quando ciertos especuladores le eligieron por su confidente y agente en un negocio, que en un instante debia aumentar mucho sus caudales. Ellos tenian noticia secreta de la próxima paz, que daria valor á los vales de Canadá. Una de las condiciones de esta paz era el pago de los que habian quedado en Inglaterra, y para esto confiaron su secreto á Necker,

y se convinieron en que para su ganancia de compañía escribiría á Londres, á fin de comprar todos aquellos vales á un precio muy bajo, al que la guerra los habia reducido. Necker convino con la compañía, se valió en Londres del crédito de su amo, é hizo comprar los vales para hacer monopolio con ellos. Los demas de la compañía acudieron á Necker para saber en que estado se hallaba el negocio de la comision, y Necker les respondió, muy á lo concienzudo que la especulacion le parecia mala, y que por lo mismo habia desistido y contra-mandado la compra. Llegó la paz, y quando ya Necker tenia los vales en su arca, pues los habia comprado á su cuenta, y con esto se halló rico con tres millones de caudal (m). Tal era la virtud de Necker, quando no era mas que mozo de escritorio.

Este repentino *milord* franqueó su mesa á los filósofos, y fue para estos uno de aquellos clubs semanarios en donde pagaban al mecenas, con elogios empalagosos, las comilonas que les daba. D'Alembert y los principales sofistas de Paris acudian todos los viernes á estas asambleas (n). Necker solo con oir el nombre de *filosofia*, se halló tan repentinamente filósofo como *milord*. La intriga y los elogios del partido hicieron de él un Sully protector. Luis XVI. oiendo hablar tanto de los talentos de este hombre para el consejo de hacienda, le destinó á la contraloría general. Uno de los medios mas eficaces é infalibles para acelerar la revolucion meditada por los conjurados, era destruir el tesoro público. Necker lo logró, valiéndose de empréstitos tan excesivos, que manifestaban su objeto, si el público no se hubiese dejado alucinar con los elogios afectados que le tributaban los conjurados. Sea que Necker como imbecil no obraba sino por el impulso de los conjurados, sin saber adonde le empujaban; sea que él mismo abrió el abismo, sabiendo su profundidad, no tiene lugar su imaginaria virtud

(m) Véanse los pormenores de este engaño en Mr. Meaulan, causes de la revolution.

(n) Véase en la correspondencia de Voltaire y d'Alembert la carta 31 del año 1770.

para que pueda contrastar la deformidad del proyecto. El que habiendo sido llamado al ministerio tuvo el pensamiento de introducir la hambre en Francia, en medio de la misma abundancia, para precisarla á la revolucion, podia muy bien, ya en el principio, tener la intencion de destruir el tesoro público, con el mismo objeto de la revolucion. Su virtud debia combinarse con las maniobras de la mas profunda maldad.

En el tiempo, en que Necker volvió al ministerio para reemplazar á Brienne, publicaba y hacia publicar sus imaginarios esfuerzos, y generosidades para dar pan al pueblo, y al mismo tiempo tenia inteligencia con Felipe de Orleans para reducir el pueblo á todos los extremos de la hambre, y con esto arrastrarlo á la insurreccion contra el rey, los nobles y el clero. El virtuoso asesino estancó el trigo, lo tenia encerrado en los pósitos, ó lo hacia pasear de una parte á otra en barcas, con prohibicion á los intendentes de permitir su venta, hasta el momento, que él mismo señalaria. Los pósitos permanecian cerrados, los barcos continuaban en errar de un puerto á otro, el pueblo pedia Pan á gritos; pero en vano. El parlamento de Rouan precisado de la extrema necesidad, en que se hallaba la Normandia, encargó á su presidente, escribiese al ministro Necker, para que permitiese la venta de una grande cantidad de trigo, que habia en la provincia; pero Necker no contextó. Volvió á escribir el presidente, insistiendo en hacer presente la extrema necesidad del pueblo, y Necker le contextó, que ya tenia dadas sus ordenes al intendente. Este para justificarse delante de parlamento, presentó las ordenes que habia recibido de Necker, y éstas lexos de mandar la venta del trigo, exórtaban á diferirla, á buscar medios dilatorios, excusas y pretextos para eludir las solicitudes de los magistrados y librar á Necker de sus instancias.

Entre tanto los barcos cargados de trigo se paseaban desde el océano á los rios, de estos al océano, y muchas veces por el interior de las provincias. En el momento en que Necker fue por segunda vez despedido de su empleo, el pueblo aun estaba sin pan. El parlamento habia adquirido noticias de que los mismos barcos cargados del mismo trigo, ya medio po-

rido, habian ido de Rouan á Paris, y de Paris á Rouan re-
embarcado en Rouan para el Havre, y del Havre vuelto á
Rouan. El Procurador general se valió de la despedida de
Necker, para escribir á todos sus substitutos en la provincia
á fin de impedir aquellas maniobras y exportaciones, y dar li-
bertad al pueblo para comprar aquellos granos. El populacho
estúpido, soberano de Paris, tomó á mal la deposicion de Nec-
ker, acudió á las armas, pidió su restablecimiento, llevando,
por las calles su busto y el de Felipe de Orleans. Jamas dos
asesinos meracieron tanto verse acoplados en su triunfo, y fué
preciso devolver á aquel populacho su verdugo, que el llama-
ba su padre; y Necker lo hizo tan bien que á su restableci-
miento hizo quanto fué de su parte para matarlo de hambre.
Apenas supo las ordenes, que habia dado el procurador gene-
ral del parlamento de Normadía, quando luego partió de Pa-
ris para Rouan una campaña de bandidos, alarmaron el pue-
blo contra aquel magistrado, robaron ó destruyeron todo lo
de su palacio, y pregonaron su cabeza. Tales fueron las vir-
tudes de Necker iniciado, quando llegó á ser protector y mi-
nistro.

El historiador citará para testigos de estos hechos á todos
los magistrados del parlamento de Rouan. Si para dar á cono-
cer su autor me he visto precisado á invertir el orden de los
tiempos es, porque Necker fue uno de aquellos iniciados, cuya
conspiracion era á un mismo tiempo contra el trono y el altar,
pues era un sujeto qual le necesitaban los sofistas, para atraer
á su partido á los calvinistas. Dejando á estos que creiesen que
él pensaba como un natural de Ginebra, Necker realmente no
tenia otra fe que un deista. Si no hubiesen querido alucinarse
al contemplar á este hombre, facilmente lo habrian descubierto
los calvinistas, no solo por su coalicion con todos los impios,
sino tambien por sus producciones, porque este ente no era
otra cosa que un globo lleno de viento, con pretensiones
de bueno para todo. El fue mozo de escritorio, contralor, so-
fista; pensó que era teólogo, publicó un libro sobre las opi-
niones religiosas, y no contenia sino el deísmo; y aun con esto
se le hace merced, porque se puede ver que Necker no tenia

por demostrada la existencia de Dios. ¿Y qué religion puede
ser la de un hombre que permite dudar si Dios existe? De este
modo, Necker como autor, se vió premiado por el sanedrin
académico, porque con este escrito habia dado á luz la me-
jor produccion del tiempo, es decir, un escrito en que ma-
nifestando menos la impiedad, la insinuaba mejor.

Brienne.

Despues de lo que tengo dicho de Brienne, el íntimo con-
fidente de d'Alembert; despues de que todo el mundo sabe su
perversidad, ya no hablaria mas de él, si no tuviese que rasgar
el velo que cubre una intriga, de la qual por honor del género
humano, no se hallará un exemplar sino en los anales de los
sofistas modernos. Los filósofos conjurados (reúnicos con el nom-
bre de economistas en una sociedad secreta, que luego daré á
conocer) esperaban con impaciencia la muerte de Mr. de Beau-
mont Arzobispo de Paris, para darle un sucesor capaz de coo-
perar á la conjuracion. Este sucesor debia, so pretexto de hu-
manidad, de bondad y de tolerancia, demostrarse tan paciente
y suave á favor del filosofismo, jansenismo y demas sectas,
como Mr. de Beaumont se habia manifestado lleno de zelo y
fervor para conservar la religion. Este sucesor debia princi-
palmente manifestarse muy indulgente con los eclesiasticos de
las parroquias, á fin de que se relajase la disciplina hasta de-
jarla perecer dentro de pocos años; y en favor del dogma no
debia demostrarse mas severo. Por el contrario debia contener
á los que pareciera tener el zelo mas activo, suspenderlos, y
aun privarlos de sus beneficios, como hombres demasiado fo-
gosos y verdaderos perturbadores. Debia atender á todas las
acusaciones de esta especie, proveer las vacantes, principalm-
te de las primeras dignidades, en sujetos recomendados y dis-
puestos al intento. Con arreglo á este plan, las parroquias de
Paris, que hasta entonces las habian administrado eclesiasticos
los mas edificantes, debian llenarse en breve tiempo, de es-
cándalos; el catecismo, las pláticas los sermones, y todas las
instrucciones religiosas, siendo mas raras, y declinando poco
á poco á no tratar sino de una especie de moral filosófica; mul-

tiplicándose, sin oposicion, los libros impíos; no viendo el pueblo en las funciones eclesiasticas sino sacerdotes despreciables por sus costumbres, y poco zelosos de la doctrina, debia naturalmente separarse, y abandonar por sí mismo las iglesias y su religion. La apostasia de la capital llevaria tras sí la de la diócesis mas respetable, y era muy natural, que se estendiese á mayor distancia. De este modo, sin violencia y sin sacudimiento, la religion se veria destruida, á lo menos en París, por el disimulo y tolerancia de su primer pastor, quien en el interin podria dar algunas pruebas exteriores de zelo, si las circunstancias le precisaban en alguna ocasion á obrar contra su voluntad (o).

Se necesitaba de toda la ambicion de Brienne, de toda su perversidad, y de todo el judaismo de su alma para hacerse Arzobispo de París, baxo de estas condiciones. ¿Pero qué? Él se habria hecho Papa para hacer traicion á Jesu-Cristo y su iglesia; aceptó el pacto y las condiciones, y los sofistas pusieron en movimiento todos sus medios y proteccion. La corte se vió sitiada; un zorro con el nombre de Vermon, que Brienne habia recomendado á Choiseul para que fuese el lector de la Reyna, se valió de la ocasion para dar la paga á su primer protector. La Reyna pensó hacer bien recomendando al protector de Vermon, y el mismo Rey creia que haria lo mejor nombrando para Arzobispo de París á un hombre de quien habia oido celebrar la prudencia, la moderacion y el ingenio; y con esto Brienne llegó á ser Arzobispo de París: pero extendiendose la noticia, se horrorizaron quantos tenian sentimientos cristianos en la corte y en París; las madamas de Francia, y en particular madama la princesa de Marsan sintieron toda la inmensidad del escándalo, que este nombramiento iba á dar á la Francia. El Rey precisado por sus súplicas, creyó que debia retractar lo que acababa de hacer, y nombró por Arzobispo á un hombre cuya piedad ingenua, modestia, zelo y desinterés hacian mayor contraste con los vicios de Brienne. Pero para desgracia de la Francia, no bastó esto al Rey y á

(o) Véase mas abaxo la declaracion de Mr. le Roy.

la Reyna para desconfiar del todo de las imaginarias virtudes de Brienne; y los conjurados no perdieron del todo sus esperanzas de colocarle en lugar eminente. Semejante al rayo, que espera la tempestad para brillar, Brienne se mantuvo oculto hasta el uracan, en que salió para primer ministro en medio de los alborotos de la primera asamblea de notables, convocada por Mr. de Colonne. Para acelerar los servicios que habia prometido hacer á los conjurados, dió principio por el famoso edicto, que Voltaire veinte años ántes solicitaba á favor de los Hugonotes, á pesar de que los miraba á todos como locos y locos que merecian ser atados (p). Este edicto esperaba d'Alembert para tener la satisfaccion de ver los protestantes engañados y todo el cristianismo destruido, sin advertirlo (q). Brienne, hijo de la tempestad, sublevó contra sí mismo á quantos reclamaron el restablecimiento de Necker, este terminó su carréra entregando el Rey, la Nobleza, y el Clero en manos de toda la impiedad de los sofistas y de todos los furores de los xefes de las facciones populares. Brienne murió cubierto de infamia: pero sin remordimientos: se mató de rabia, viendo que no podia causar mas daño.

Lamoignon.

Con Brienne elevaron los sofistas al ministerio á un hombre cuyo apellido habia sido en sus antepasados el honor de la magistratura. Mr. de Lamoignon ocupó el empleo de guarda sellos quando Brienne fue primer ministro. Este Lamoignon no era simplemente un incrédulo, como lo eran otros señores en aquel tiempo: era algo mas, pues fue uno de los impíos conjurados. Ya hallaremos su nombre en una de sus juntas mas secretas de comision. Este Lamoignon se mató á lo filósofo, despues de su desgracia, que siguió de muy cerca á la de Brienne. ¡Dos hombres de esta ralea ocupando los primeros lugares del ministerio! ¡Con quantas combinaciones infernales no podian ellos cooperar á las intenciones de los

(p) Carta á Marmontel del 21 Agosto de 1767. (7)

(q) Carta 100 del 4 Mayo de 1762.

conjurados anti-cristianos ! No le será fácil á la posteridad concebir que un príncipe tan religioso como Luis XVI. estuviese siempre rodeado de estos ministros, que se llaman filósofos, no siendo mas que impíos. Esto, que parece enigma, dexará de serlo, quando el historiador reflexione, que el grande objeto de los conjurados, desde el principio, era particularmente destruir la religion en las primeras clases de la sociedad; pues desde la fecha mas antigua de sus maquinaciones habian dirigido todos sus esfuerzos ácia aquellas personas, que por sus riquezas ó dignidades se distinguian entre la multitud, y estaban mas cercanas á los tronos de los reyes (r). Agregue el lector á todas las pasiones propias de esta clase, los medios y los deseos de satisfacerlas, y luego concebirá con quanta facilidad aprenderian de Voltaire á burlarse de una religion, que todas las mortifica. Habia aun, sin que se pueda dudar, grandes virtudes y personas de una piedad edificante en la nobleza, entre los grandes señores, y en la misma corte, y puedo decir, que mas en la corte habia virtudes eminentes. Madama Isabel hermana del Rey, las madamas de Francia, sus tias, las Princesas de Conti y Luis de Condé, el Duque de Penthièvre, la Princesa de Marsan, el Mariscal de Mouchi, el Mariscal de Broglie y otros varios eran de aquellos personajes, que en los mejores siglos del cristianismo habrian honrado la religion. Entre los mismos ministros tendrá el historiador que exceptuar de la prevaricacion á Mr. de Vergennes, á Mr. de Saint-Germain, y puede ser á algunos otros, que la impiedad no puede contar por suyos.

En todas las clases de nobles y de ricos estas excepciones serian tal vez más numerosas de lo que se piensa; pero á pesar de todo esto, es, por desgracia, verdad, que Voltaire podia gloriarse de los progresos que hacia su filosofismo entre los grandes del mundo, y estos progresos manifiestan el desacierto en las elecciones de Luis XVI. Las virtudes desean estar ocultas, la piedad no aspira al brillo de los empleos;

(r) Carta de Voltaire á Diderot del 25 Diciembre de 1762. á d' Alembert, á Damilaville, y con mucha frecuencia. (p)

y Luis XVI no veía en sus alrededores sino ambiciosos, que deseaban servirle, para dominar. Los sofistas conocian muy bien el caracter de cada uno, sabian y tenian medios para que las elecciones recayesen en los ambiciosos, que eran mas á propósito, segun su politica, á los fines de la conjuracion, y estos eran los iniciados. Hecha la eleccion segun y conforme los deseos de la secta, preocupada esta la opinion pública, hacia resonar las trompetas de la fama á favor del iniciado, que iba á ocupar un lugar tan inmediato al trono. No se limitaban á esto, pues tenian otros agentes é intrigas mas reservadas, que las de los cortesanos. Ello ya se ve, que no era facil, sino muy difícil, que con tantos medios, con tanto influxo sobre la voz pública, y sobre la misma corte, no lo tubiesen sobre el modo de pensar del mismo Rey, quien ya desconfiaba tanto de sus propias luces. Estas intrigas del filosofismo, aun mas que las de la ambicion, dieron á Luis XVI. los Turgot, los Necker, los Lamoignon, los Brienne, sin hacer mencion de los ministros subalternos, y oficiales de secretarias con cuyos servicios contaban los sofistas conjurados.

Meaupou.

Con estas protecciones las leyes contra la impiedad se veian precisadas á callar, ó no hablaban sino muy baxo. El clero solicitaba en vano la autoridad, porque ésta estaba en inteligencia con los concurados. Los escritos de estos circulaban, y sus autores nada tenian que temer. Quando Voltaire escribia á d' Alembert, que gracias á un sacerdote de la corte, estaba perdido si no hubiese sido por el señor Canciller que en todos tiempos le habia manifestado una extrema benevolencia (s), manifiesta que todas las reclamaciones del clero eran inútiles contra el xefe de los conjurados. Esta carta me recuerda un otro ministro, y este es Meaupou, que tambien ocupa su lugar en el catálogo de los protectores de la secta. Este es aquel, que habia sabido ocultar su ambicion y enlace con los sofistas, baxo la capa y máscara de muy zelo-

(s) Carta 133 del año 1774:

so de la religion. Los grandes servicios, que él hizo, no solo á Voltaire, sino tambien á todos sus iniciados, se descubren en la carta, que le escribió, hablando del Conde de Choiseul. » Le debo, decia, grandes obligaciones; y á él solo debo los privilegios de mi tierra. Quantas gracias le he pedido para mis amigos me las ha concedido (t).»

Duque de Uséz.

Algunos de estos grandes protectores querian tambien tener la gloria de ser autores, y aunque no tubiesen los talentos de Voltaire, ensayaban á veces dar al pueblo las mismas instrucciones. Entre los autores de esta clase hallo al Duque de Uséz bien conocido por la nobleza de su nombre. A este señor le dió tambien la gana de hacerse escritor en favor de la libertad, de la razon y de la igualdad de derechos á creer lo que á cada uno acomoda en materia de religion, sin consultar doctores, ni iglesia. El escrito pareció admirable á Voltaire, que no deseaba sino verle perfeccionado para juzgarlo tan útil á los otros, como al mismo señor Duque (u). Pero como este escrito se ha quedado sin título, y no se tiene noticia de él, no puedo decir que honor habria hecho su publicacion al señor Duque teólogo.

Otros señores.

Recorriendo las cartas de Voltaire he visto que la lista de los iniciados protectores se aumentaba con los nombres de otros sagetos, que ya por otros títulos tenian derecho á la fama. He hallado un descendiente de *Crillon* puesto al lado de un príncipe de *Salm*. Estos dos señores en el concepto de Voltaire, eran dignos de otro siglo. El lector se equivocaria si pensase, que Voltaire los juzgaba dignos del siglo de los Bayards y de los valientes caballeros. En la misma lista se halla un príncipe de *Linea*, en quien confiaba Voltaire para propagar las

(t) Carta 100 del año 1762.

(u) Carta de Voltaire al Duque de Uséz del 19 Noviembre de 1760.

lucos filosóficas en el Brabante; y un Duque de Braganza, igualmente celebrado por Voltaire, porque pensaba como el mismo.

En quanto á Marqueses, Condes y caballeros, hay en aquel catálogo un Marqués d'Argense de Dirac, Brigadier del ejército, muy zeloso para *descristianizar* su provincia de Angoumois y hacer de sus compatriotas otros tantos filósofos á la moderna. Hay un Marqués de Rochefort, Coronel de un regimiento, quien por su filosofismo fue grande amigo de d'Alembert y Voltaire. Hay el caballero de Chatellux, intrépido, pero mas diestro en la guerra contra el cristianismo: En una plabra, si hubiesemos de dar crédito á Voltaire, deberiamos tener por comprendidos en su lista casi á todos los de la clase, que él llamaba de *personas honradas*. He aqui lo que él escribia á Helvecio: » Estad seguro de que la Europa está llena de hombres racionales que abren los ojos á la luz. » En verdad, su número es prodigioso, y no he visto de diez años á esta parte á un solo hombre honrado, de qualquier pais, ó de qualquiera religion que haya sido, que absolutamente no piense como vos » (v). Es muy verosimil que Voltaire exagerase los resultados y éxitos de su filosofismo, y no es creible, que de aquella multitud de señores, que iban á Ferney á contemplan al *Lama* de los sofistas, no hubiese muchos que iban mas por curiosidad, que por impiedad. La regla mas segura para clasificar los verdaderos iniciados, es la mayor ó menor confianza con que los manifestaba sus pensamientos, ó con que les embiaba ya sus producciones, ya las de los otros impios. La lista de los iniciados, atendiendo á esta regla, aun seria muy larga. En ella hallaríamos duquesas y marquesas protectoras, tan filósofas como sor Guillermina de Bareith. Abandonemoslas al olvido que se merecen unas iniciadas mas engañadas que maliciosas, y que nunca son mas dignas de lástima, que quando ellas creen que lo son menos.

Conde d'Argental.

Uno de los protectores, de quien con particularidad se ha

(v) Carta del año 1763.

de hacer mencion, es el conde d'Argental, consejero honorario en el parlamento, tan viejo como Voltaire, de quien siempre fue cordial amigo. Quanto dice Mr. de la Harpe de este amable conde, puede ser muy cierto; pero no lo es menos, que con todas sus amables qualidades, el conde y condesa d'Argental fueron unos ilusos por su admiracion y amistad con Voltaire, quien les exórtaba con la misma confianza á *aplantar el infame*. Los llamaba *sus dos ángeles*, y se valia del conde como de agente, quando necesitaba de grande proteccion, y pudo contar con pocos amigos tan apasionados y fieles (es decir impios) como él (x).

Duque de la Rochefoucault.

Uno de los nombres mas importantes; que deben ponerse en la lista de los iniciados protectores, es el del duque de la Rochefoucault. El que sepa quanto se engañó este desgraciado Duque, que se creía tan diestro, no se admirará de que haga tan poca figura en la correspondencia de Voltaire; pero la publicidad de sus hechos suple la falta de los escritos. Este señor fue tan bondadoso, que se dexó persuadir, que para ser algo, era necesario ser impio, y tener crédito entre los filósofos. Con esto protégió, y se manifestó liberal con ellos, siéndolo con Condorcet. ¡Dichoso él, si para conocer la que era su filosofia, no hubiese esperado á que le instruyesen sus asesinos, enviados por el mismo Condorcet.

En las cortes extrangeras, lo mismo que en Paris, los altos y poderosos señores pensaron, que para distinguirse del resto de los hombres, era necesario manifestar su afecto al filosofismo. El príncipe de Galitzin, quando hizo imprimir la obra mas impia de Helvecio, teniendo el atrevimiento de dedicarla á la emperatriz de la Rusia, manifestó quanta admiracion le causaba Voltaire (y). Sabia quan del agrado era del Conde de Schowallow, protector tan poderoso de los sofistas en la misma corte, y de quantos habian cooperado al nombra-

(x) *Vease la correspondencia general.*

(y) *Carta 117 á d'Alembert.*

miento de d'Alembert para maestro del heredero de la corona.

La Suecia, de donde habia salido aquel ayuda de cámara Jennings, que pasó á Ferney para relatar los progresos, que en su pais hacia el filosofismo baxo la proteccion de la reyna y del príncipe real (z), habia producido un iniciado, aun mas interesante á los conjurados. Este fue el Conde de Créutz, que primero fue embaxador en Francia, y despues en España. El Conde de Creutz habia sabido unir tan bien á su embaxada la mision de un apóstol del filosofismo, y Voltaire estaba tan satisfecho de su zelo, que no podia consolarse, quando Creutz se ausentó de Paris. Por esto escribió á madama Geofrin reyna de los filósofos, estas expresiones. „Si hubiese en el mundo un Emperador Juliano, habria de ir á él por embaxador el señor Conde de Creutz, y no embiarlo á gentes, que hacen *autos de fé*. Es preciso que la cabeza se le haya trastornado al senado de Suecia, para no dexar á un hombre como este en Francia. Aquí habria hecho mucho bien, y es imposible, que lo haga en España (a).”

Entretanto esta España tan desdeñada de Voltaire, tenia tambien su A... al que llamaba el *favorito de la filosofa*, y cada noche iba á reanimar su zelo con d'Alembert, Marmontel y otros iniciados mayores, en casa de la damisela de Espinace, la mas querida de las hembras iniciadas, y cuyo club casi equivalia á la academia francesa. La España contaba tambien otros duques, marqueses y caballeros, grandes admiradores de los sofistas franceses. Sobre todo, ella tenia el Marqués de M..... y el Duque de V.... H.... (b). En este mismo pais que los conjurados miraban como poco á propósito para su filosofismo, d'Alembert distinguió de un modo muy particular al Duque de A....; sobre este escribió él á Voltaire, „Uno de los mas grandes señores de España, hombre de bastante espíritu, y el mismo, que ha sido embaxador en Francia, con el nombre de Duque de H...., acaba de embiarme veinte luises, para

(z) *Carta de d'Alembert del 19 Enero de 1769.*

(a) *Carta á madama Geofrin del 21 Mayo de 1764.*

(b) *Carta de Voltaire de 1 Mayo de 1768.*

„ vuestra estatua. Preciso, me dixo, á cultivar en secreto
 „ mi razon, me aprovecharé con arrebatamiento de esta oca-
 „ sion para dar un testimonio público de mi reconocimiento al
 „ grande hombre, que ha sido el primero en enseñar el ca-
 „ mino (c).”

Voltaire al leer este nombres en la larga lista de sus discipulos, exclamó: „La victoria se declara por nosotros de todas partes. Os aseguro, que dentro de poco, no habrá mas que la *canalla* baxo las banderas de nuestros enemigos (d).” Su prevision no se extendia á mucha distancia; pues esta misma *canalla* se dexaria alucinar en algun dia como los grandes señores: pero en este dia los grandes señores recibirian su merecido de mano de la *canalla*. D' Alembert tampoco podia contener su gozo ni su estilo, y atendiendo al concurso de sugetos que admiraban á Voltaire, escribió: „ ¡Que diablos es esto! Quarenta combidados á vuestra mesa, dos de ellos relatores en el consejo del Rey y un consejero de la sala primera, sin contar los duques de Villar y compañía (e)!” Ello ya se ve, que el conato de asistir á la mesa de Voltaire no es una prueba infalible del filosofismo de todos y cada uno de los combidados; pero este concurso no dexa de indicar por lo general, unos hombres, que iban á contemplar al corifeo de una impiedad, que con el tiempo los perderia. No sin motivo d' Alembert hizo especial mencion del Consejero de la sala primera, pues sabia quanto interesaba á los conjurados tener protectores, ó admiradores hasta en el seno de la primera magistratura. Voltaire lo sabia tan bien como él quando le escribió: „Es gran dicha, que en este parlamento (de Tolosa) casi de diez años á esta parte se haya hecho una leva de jovenes, que tienen bastante espíritu, que han leído bien, y piensan como vos (f).” Esta carta sola basta para explicar la floxedad de los primeros tribunales, en los años que

(c) Carta 108 del año 1773.

(d) Carta á Damilaville.

(e) Carta 76 del año 1766.

(f) Carta 11 del año 1769.

precedieron á la revolucion. Ellos tenian todo el poder necesario para proceder con rigor contra los autores y repartidores de escritos impios y sediciosos; pero permitieron que se envileciese de tal modo su autoridad, que los decretos del parlamento publicados, en cumplimiento de su obligacion, contra semejantes producciones, non servian de otra cosa que de avisos de su publicacion, y de un nuevo motivo para venderlas mas caras.

No obstante, las conquistas, que hacia el filosofismo en los primeros tribunales del reyno no correspondian de mucho á los deseos de Voltaire. Se le ve muchas veces quejarse de estos cuerpos respetables, como que aun contenian muchos magistrados adictos á la religion. En desquite celebraba de un modo particular á los que manifestaban su zelo en los parlamentos del medio dia. „Allí (escribia á d' Alembert) de la casa de Mr. Duché pasais á la de Mr. de Castillon. Grenoble blasona de tener á Mr. Servan. Es imposible, que la razon y la tolerancia no hagan grandes progresos con tales maestros (g).” Esta esparanza parecia tanto mas fundada, como que los tres magistrados, que aqui nombra Voltaire, eran precisamente los que por sus funciones de procuradores, ó abogados generales debian oponerse con mas tesón á los progresos de esta imaginaria razon, que siempre confunde Voltaire con la impiedad; debian delatar las producciones del tiempo, y demandar la execucion de las leyes contra sus autores. De todos los abogados generales el que parece tuvo mas inteligencia con Voltaire, es Mr. de Chalotais del parlamento de Bretaña. De las cartas del filósofo de Ferney á este magistrado se puede colegir la obligacion y reconocimientos que los conjurados le manifestaban por lo relativo á su zelo contra los Jesuitas; como la destruccion de este cuerpo religioso se enlazaba, segun sus proyectos con la destruccion de los otros institutos religiosos, y la destruccion de todos con la de toda autoridad eclesiástica (h).

(g) Carta del 5 Noviembre de 1770.

(h) Vease principalmente la carta de Voltaire á Chalotais del 17 Mayo de 1762.

Á pesar de los progresos del filosofismo, habia en los magistrados hombres venerables, cuyas virtudes eran el honor de los primeros tribunales. Sobre todo, la gran sala del parlamento de Paris le parecia á Voltaire un cuerpo tan extraño á su impiedad, que desconfiaba de poderlo ver filósofo; le hacia el honor de ponerlo en la misma clase, que á este populacho, á estas juntas del clero, que desesparaba de poder hacer racionales; es decir, impios (i). Y tiempo hubo, en que la indignacion de Voltaire contra los parlamentos, se expresó con estos términos en sus cartas á Helvecio: "Creo, que los franceses son descendientes de los centauros, que eran medio hombres y medio caballos de litéra. Estas dos mitades se han separado, y han quedado hombres como vos, por exemplo, y algunos otros, y han quedado caballos, que han comprado los cargos de consejero (en el parlamento) ó que se han pasado doctores en la Sorbona (k)." Me hago un deber de citar estas pruebas del despecho de los sofistas contra el primer cuerpo de la magistratura francesa; porque á los menos demuestran que este cuerpo no fue una conquista facil á la impiedad. Es constante que al acercarse la revolucion habia en los parlamentos de Francia muchos magistrados, que si hubiesen estado mejor instruidos de los artificios de los conjurados, habrian dado mas vigor á las leyes para conservar la religion. Pero hasta sobre los asientos de la sala primera habia intrusos de la impiedad; y allí se hallaba hasta aquel Terrai, ya bastante infame como ministro, pero no bastante conocido como sofista.

Rasgo del Abate Terrai.

Aunque en estas Memorias ya he manifestado varias veces los atroces disimulos de los conjurados, pocos hay tan feos como el que voy á referir de este iniciado. Un librero, llamado Léger, vendia publicamente en Paris una de aquellas obras, cuyo impio atrevimiento precisaba algunas veces al parlamento á proscribir las. La que se vendia en la tienda de Léger fue

(i) Carta á d' Alembert del 13 Diciembre de 1763.

(k) Carta de 22 Julio de 1761.

condenada á ser quemada, con orden de averiguar quien fuese su autor y vendedores. Terrai se ofreció á practicar las diligencias; fue comisionado al intento, con orden de dar parte al parlamento. Embió á llamar el librero Léger, de quien sé todo lo que voy á referir, aunque no me dixo, ó se me ha olvidado el título de la obra. "De orden de Mr. Terrai, conseyero en el parlamento, pasé á su casa, me recibió con un semblante grave, se sentó en un sofá, y me preguntó: ¿Sois vos, quien vendeis esta obra condenada por un decreto del parlamento? Respondí: si Señor.—¿Como os atreveis á vender un libro tan malo y pernicioso? Respondí: así como se venden tantos otros.—¿Habeis ya vendido muchos? Si Señor.—¿Os quedan aun muchos? Cerca de seiscientos exemplares.—¿Conoceis al autor de una obra tan mala? Si Señor.—¿Quien es? Usted, Señor.—¿Qué, yo! ¿Como os atreveis á decirlo? ¿y de quien lo sabeis? Señor, respondí, lo sé del mismo, de quien he comprado vuestro manuscrito.—Pues si lo sabeis, todo está dicho; retiraos, y sed prudente." Facilmente se cree, que no se dió parte al parlamento del proceso verbal de este interrogatorio. El historiador deducirá los progresos que la conspiracion anti-cristiana haria en un reyno en donde habia tales iniciados, hasta en el santuario de las leyes.

CAPITULO XV.

Clase de literatos.

Las pasiones y la facilidad de satisfacerlas, quando se ha sacudido el yugo de la religion, agregaron á los conjurados casi todos aquellos personajes, de que he hablado hasta el presente, que brillaban en el mundo con las distinciones del poder, de los títulos y de las riquezas. El humo de la reputacion presto les agregó otros, que pretendian distinciones no menos lisongeras por la superioridad de sus luces, del espíritu é ingenio. Los talentos de Voltaire, y sus resultados, tal vez superiores á sus talentos, le confirieron el mando de un im-